

III DOMINGO DE CUARESMA A/2008

Supongamos que en medio de un verano muy caliente hay una avería seria del sistema hidrológico al punto que no hay ninguna gota de agua en todas partes de la ciudad entera de Loveland. Supongo que tal situación puede ser tolerada durante un tiempo corto, es decir quizás tres o cuatro horas, hasta cinco o seis horas, si la gente es paciente. Pero si la situación dura durante días o semanas, supongo que lo que viene al final será una rebelión pura que puede conducir a veces a la caída del consultor de ciudad.

Esto es una situación similar por la que Israel pasó en el desierto, cuando oímos en la primera lectura. El desierto por definición es una tierra muy firme, viento fuerte, soleado y caliente. Sin agua, no hay ninguna posibilidad de la vida. Alguien puede sobrevivir unos días sin agua, pero la muerte surge en el horizonte. En su sed del echar agua, los israelitas se quejaron contra Moisés; ellos también se dudaron sobre Dios que generosamente los salvó de las manos de Faraón. Ellos lo acusaron no sólo del abandono, sino también del deseo para ellos de morir en el desierto con sus hijos y su ganado.

Uno diría que el sufrimiento del momento los ciega y les deja olvidar la generosidad de Dios. Y aún, Dios está siempre presente entre ellos; él no los ha abandonado y nunca los abandonará. Por eso él interviene otra vez, por las manos de Moisés, para tranquilizarles y darles el agua.

Al actuar así con Israel, Dios quiere enseñarnos que en cualquier situación podríamos encontrarnos, tan con fuerza como podría ser, él encontrará un modo de sacarnos de ello. Él nunca puede abandonarnos; él tiene su tiempo para intervenir y acabar con nuestra miseria y sufrimiento. Lo que él quiere es que confiemos en él y perseveremos.

La sed física que ha estado en el origen de la rebelión de Israel, es utilizada por Jesús en el Evangelio de hoy y lo hará una oportunidad del regalo de la vida eterna. A fin de recibir aquella vida eterna, el primer paso que se debe dar es de dar la bienvenida a Jesús que aparece, a primera vista, como cualquier ser humano, pero quién es, en efecto, un profeta y el Mesías. Cada encuentro, sin embargo, requiere que las barreras que separan a la gente se rompan, y los prejuicios establecidos sean eliminados. Por eso, mientras el Samaritana afirma que no hay ninguna relación con los Judíos, Jesús la invita a superar aquella barrera y recibir el regalo que él trae.

Es sólo cuando rompemos las barreras y destruimos los prejuicios tenemos para un el otro que podemos ser capaces de conocernos mejor uno al otro. Está sólo en este momento de franqueza que vencemos nuestras diferencias que podemos conocer al otro en su profundidad, descubrir nuestra propia pobreza y como el otro es alguien que puede enriquecernos. Destruyendo las barreras y prejuicios el uno entre el otro, la gente puede aprender de otros lo que ellos no saben solos.

Al aceptar el diálogo con Jesús, el Samaritana descubre lo que ella ha buscado durante muchos años por maridos diferentes, es decir la paz del corazón. Jesús se la puede dar gratuitamente, y sin condición, la tranquilidad de corazón que ella nunca encontró en sus maridos que cambian durante los años. ¡Por supuesto, esta mujer sabe bien lo que la desilusión de enamorada significa! Ella todavía espera encontrar al hombre derecho

que puede realizar sus necesidades más profundas. Y ahora ella afronta a un hombre que no es sólo otro hombre, pero un profeta, el Mesías. Aunque Jesús sepa todo sobre ella, él no la condena. Él quiere sólo que ella tenga la paz y se reconcilie con su Dios. Es lo que Jesús quiere también para cada uno de nosotros, en particular en este tiempo de cuaresma.

Jesús da el agua viva que se convierte en un manantial bueno para la vida eterna a aquellos que dan la bienvenida a él y aceptan su enseñanza. Jesús está en busca de adoradores verdaderos de su Padre, es decir aquellos que adoran a Dios en espíritu y verdad. ¿Cómo podemos adorar a Dios si no afrontamos la verdad sobre nosotros? Sin embargo, independientemente de lo que podría ser la verdad de nuestra vida, independientemente de lo que podría haber sido nuestro pasado, no hay ninguna razón de estar avergonzada de ello. Nadie es excluido antes de Jesús. Él nos ama y quiere que nosotros seamos salvados. El encuentro con Jesús puede cambiar hasta el curso de nuestra vida. Es lo que pasó al Samaritana en su viaje: al final, ella se hizo el mensajero de Jesús en el pueblo.

Como este es el tiempo de adorar al Padre en el espíritu y en verdad, el culto externo de Dios no es suficiente. Por supuesto, la salvación viene de los judíos, pero ahora es el tiempo de la adoración interior que supera todas estas divisiones, donde tenemos que hacernos estos templos de la adoración de Dios.

Jesús se sienta en nuestros pozos, y nos esperan cuando venimos a sacar el agua; es decir en los sitios donde somos los más vulnerables o los más débiles. Él entiende nuestras sedes, pero él quiere realizarlos con su amor de curación. Allí, hasta un fracaso en el matrimonio puede hacerse una oportunidad de experimentar la piedad de Dios y su generosidad.

La Samaritana simboliza el lado oscuro de nuestras vidas, todo lo que tenemos como secretos que sepultamos en la profundidad de nuestros corazones, todo de nuestro pasado del cual estamos avergonzados, que nadie sabe excepto Dios. En todas aquellas situaciones preocupadas, Jesús puede curarnos y darnos la libertad de los hijos de Dios. El agua viva que Jesús promete significa, en primer lugar, la palabra de revelación que nos abre al amor del Padre. El manantial del agua que apaga nuestra sed es también el Espíritu Santo a quien nos han dado en el bautismo, como el Santo que Pablo dijo en la segunda lectura. Dios nos se revela cuando tenemos sed de él. Dios solo puede llenar todos nuestros deseos..

En este tiempo de cuaresma, anhelemos pues el agua viva que Jesús da. Traigámonos todos nuestros deseos afín que él puede satisfacerlos. Anhelemos la vida eterna que sólo Jesús da. ¡Que Dios los bendiga a cada uno de nosotros cuando preparamos nuestros corazones para la celebración de la muerte y la resurrección de Jesús!

Éxodo 17, 3-7; Romanos 5, 1-2, 5-8; John 4, 5-42



Fecha de Homilía: el 24 de Febrero de 2008

© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Póngase en contacto: www.mbala.org

Nombre de Documento 20080224homilia.pdf